

usted es el Gobierno, es decir, su agente.... Y siendo así que el Gobierno ha sellado y echado mi moneda del Palacio á la calle para que valga como diez y siendo así tambien que el mismo Gobierno ha autorizado á mi amo para que me la de por mi trabajo con tal valor, viene, sin embargo, á decirme ahora por boca de usted que está bien que mi moneda se me la haga valer como ocho!!... Y el pobre sale á la calle diciendo á todos que el Gobierno le ha robado.

VII.

Tal sentido tomaba en el ánimo del pueblo de la ciudad de México la crisis monetaria de 1883. En los últimos días de Noviembre la defensa del pequeño comercio se habia organizado en terribles condiciones para la clase pobre. Ya los comerciantes en pequeño del Poniente de la ciudad se habian reunido para concertar los medios de contrarrestar los efectos de la progresiva depreciación de la moneda, decidiendo recargar los efectos de primera

necesidad con un aumento de un veinticinco por ciento. Y tras esa medida colectiva, vinieron los esfuerzos y arbitrios aislados.

En las panaderías de una calle céntrica se colocó el pan dividido en dos compartimentos; en uno de ellos habia pan bueno y en el otro pan crudo, duro ó quemado; encima del primero, un letrero decía: *pan por plata*, encima del segundo otro letrero decía: *pan por níquel*.

En la mañana del 27 de Noviembre, unos carteles aparecieron á las puertas de algunas carnicerías de la calle de San Lorenzo, en los cuales se leía en grandes letras: *solo en plata se vende*. Ese letrero, lo mismo que la clausura de algunas otras carnicerías cuyos dueños suspendieron sus comercios porque los abastecedores del Rastro no querian vender la carne sino en plata, significaba una prolongada vigilia *sin pescado* para muchos vecinos pobres que se alejaban de las carnicerías cabizbajidos; y sin duda por eso:

El 3 de Diciembre, un pobre hombre que pasaba por la calle de las Ratas gritó de repente ¡muera el níquel! y, al oír tal grito, un gendarme disparó sobre él su revólver errando; por fortuna, el tiro.

Tomo—II. 10.

Tantas complicaciones por causa de fragmentos de metal, tanto hablar de níquel y maldecir de él, tanto bajar en la escala de la depreciación del seis por ciento al diez, del diez al veinte y del veinte hasta el cincuenta, tanto llevarlo y traerlo en talegos, cajas y carros por calles y caminos, tanto ostentarlo en las plazuelas como artículo de baratillo, vendido como mercancía ínfima entre las naranjas y los cacharros de cocina, todo eso unido acabó por producir un malestar tan profundo que pareció que el metal amonedado esparciéndose por toda la atmósfera social hacia fatigosa la respiración y la vida. El níquel llegó á ser en México el objeto de todo lo que hay de sátira, de todo lo que hay de imprecación en el hombre. El pueblo bajo desahogaba su malestar en vagos sentimientos de tristeza por algo muerto y se reunía en las esquinas y en las plazas para leer ó comentar papeles satíricos en que la frase predominante era "La muerte de la plata."—La plata muere, el metal nacional es ocultado por el Gobierno, arrebatado al país, para darle en cambio ¿qué? un metal extranjero de no se sabe dónde, depreciado, inútil. . . . Luego examinaba cada cual el puñado de níquel

sin salida que poseía, ahorro obligado de sus salarios, y mostrándose unos a otros sus puñados les parecían enormes. . . . Los cuatro millones de níquel importados por el Gobierno parecían poco para tanto. . . . ¿De donde salen tantos talegos y cajones paseados en carros por la ciudad. . . .? Preciso es que se esté metiendo de fuera más de lo importado por el Gobierno. . . . Ellos, los extranjeros, sobre todo los yankees, nos están inundando de níquel, y la palabra "contrabando" corría de boca en boca con acentos de indignación. . . . Mujeres había, indias miserables, descamisadas y descalzas que, requeridas por el gendarme para aceptar el níquel con la depreciación corriente, lo arrojaban con desprecio al suelo, cuando no á la cara del gendarme. . . .

Así se expresaba y así sentía el corazón del pueblo sin que las clases superiores dejasen de responder con su propia turbación á la turbación popular. . . . El mismo De Gress, el afortunado contratista, bajo cuya agencia y dirección se importó el níquel de Alemania, resentido del esfuerzo de cálculo y la preocupación mental á que se entregó con motivo de su contrato monetario que jamás

quiso él considerar sino como un negocio personal, moria en San Luis Potosí, por los días de la crisis, víctima de una anemia cerebral no más fuerte que la anemia comercial por que México atravesaba con ocasion del metal que el difunto proporcionó á la accion interesada y torpe de un Gobierno. . . . Por los mismos dias tambien un periodista (*) se volvía loco, y como si en su razon trastornada recojiese toda la locura de la empresa monedera, como si á ella acudiesen y en ella se concentrasen las mil turbaciones producidas por la inmensa masa de níquel tan traída y llevada y discutida, como si eso fuera, aquel periodista gritaba dia y noche en su celdilla del Hospital de dementes de San Hipólito: "¡Quiero níquel. . . .! Traíganme mucho, mucho níquel. . . .!"

VIII

Se declara el motin.

Una situacion como aquella tenia que romper.

(*) Pedro Cástera.

se por algun lado, y Manuel Gonzalez decidió regularizar y hacer insensible el rompimiento. Evocó las malogradas advertencias de su ex-ministro Landero que le habia demostrado las inconveniencias de emitir la moneda-níquel sin imponerle ninguna limitacion en cuanto á su oficio de instrumento en las transacciones. "Le impondré límite; será éste aplicable á los pagos entre particulares, á los pagos del Tesoro, á la admision de la nueva moneda en las Aduanas. . . . Y movió su Congreso con la facilidad con que movía Hércules la clava, para el efecto de iniciar ante él un proyecto de Ley que impusiese al níquel las mencionadas limitaciones. Era esto de los últimos días de Noviembre á los primeros de Diciembre. El pueblo corria á presenciar las sesiones parlamentarias en que se representaba el usual aparato de debate, cerrado ruidosamente en la sesion del 3 de Diciembre con enérgico discurso del diputado Vicente Riva Palacio, raro elemento de independencia y espontaneidad en medio de una Cámara que, como el cortesano de Damócles temblaba bajo una espada. Habló en su discurso todo lo que flotaba de razon y justicia, en las confidencias, en las sá-

tiras y en las imprecaciones del pueblo respecto á aquella degeneracion de las facultades monetificadoras de un Gobierno llevadas á servir especulaciones y grangerías, habló el sentimiento público excitando á los diputados á votar más bien en favor del remedio radical de la abolicion que en el de limitaciones ya inútiles de la moneda depreciada, y habló, por último, la pasion del momento condensada en frase incendiaria en que el diputado provocaba al pueblo á "quemar en la plaza pública las máquinas en que se amonedaba el níquel."

La conciencia adormida de la Cámara no se conmovió á esos acentos, y el Proyecto de limitaciones al movimiento de la moneda tales como quiso imponerlas el Gobierno, fué elevado al rango de ley por 110 votos que solo tuvieron en contra una exígua fraccion de 12..... ¿Y qué representaban tales limitaciones?... Fuerza retrasada y perdida.... Que el níquel no fuese de curso forzoso entre particulares sino hasta la cantidad de 20 centavos en cualquier pago. Esta limitacion que hubiera salvado la moneda en el principio, restringiendo sus aplicaciones mercantiles á pequeños

valores, resultaba torpe y exactora cuando la moneda desacreditada estaba envilecida y era desechada aun en las más pequeñas fracciones. En virtud de ella, el obrero que vive al jornal diario de 50 centavos, tenia que recibir 20 en moneda-níquel, y en virtud de ella tambien, el comerciante al menudeo cuyos efectos se realizarian por níquel en fracciones de 20 ó ménos centavos, se encontraría, al liquidar sus operaciones diarias, con muchos pequeños factores de níquel cuyo producto total representaba para las operaciones en globo del comercio, en número el cero, en movimiento la inutilidad de un valor estancado.... La medida, por lo tanto, afectaba, en la sociedad á los más infelices, en el comercio á los más pequeños, quienes, por su parte, se desquitaban del privilegio odioso añadiendo en contra de la moneda la depreciacion á la depreciacion.... La moneda ya no bajaba, sino rastreaba.... En un dia dado, el 20 de Diciembre de 1883, se cambió tanta cantidad de ella en mostradores de tiendas y mantas de baratillos que parecia aproximarse el juicio final del níquel. Se cambió á manos llenas, al 25 y aun al 50 por ciento.... Aquello, más que cam-

bio, era ya una subasta; y el pueblo pobre, hastiado de crisis monetaria, viendo aquella especie de "sálvese quien pueda" en un mar de níquel, él, que no tenía en las venas níquel, sino sangre, la sintió encendérsele con calor parecido al de víctima en la hoguera.....

Llegó el siguiente día 21, y el níquel seguía malbaratándose, el pueblo ardiendo. A las primeras horas de la mañana en que se activa el comercio de los mercados y pequeñas tiendas, se hicieron sentir algunos disturbios. Eran conmociones aisladas sin inteligencia mútua ni combinacion, gritos, protestas al aire, la eterna riña del comprador y del vendedor complicada con la intervencion del gendarme, expansiones inocentes, estallido de petardo, en que se resolvía el fulminante de la cólera dispersa.... Algunas mujeres directamente agraviadas, torcedoras de cigarrillos que lloraban largos dias de jornal en níquel se agrupan en torno de un hombre que, sentado en una de las aceras de la plaza del Volador, expendia la depreciada moneda en montones esparcidos frente á sí sobre su frazada extendida. Derepente, como irritadas por el espectáculo de la crisis monetaria descen-

dida escandalosamente al nivel de las piedras de la calle, tiran algunas de ellas de las puntas de la frazada, y la moneda sufre la *manta* de Sancho Panza.... Casi al mismo tiempo, un tendero del mercado popular de la Merced, acosado dentro del mostrador mismo de su tienda por obreros que le ofrecian níquel en pago de efectos, sin que él quisiese recibir el primero ni entregar los segundos, corria peor suerte que el hombre de la frazada, siendo expulsado puertas afuera por sus agresores que decidieron despacharse de propia mano.... Luego ellos y ellas, obreros y cigarreras, son en pocos momentos, sin darse cuenta de ello, los centros de dos movimientos que se combinan y concurren tan naturalmente como confluyen los riachuelos procedentes de manantial comun. Aquella corriente humana engrosada por otras corrientes compuestas de todo lo que en calles y en plazas sufre, simpatiza, vaga, necesitando una direccion para su movimiento y una frase para sus gritos, toma la direccion del Palacio Nacional y la frase de *muera el níquel*.... Y era el medio día de dicho 21 de Diciembre. La multitud se arremolinaba ante los paderones frontales del Palacio. Allí estaban

las máquinas de amonedacion, allí residia Manuel Gonzalez reputado por el pueblo como el monedero mayor del níquel. ¿Qué extraño que la multitud se parase á gritar "muera el níquel" ante aquella doble representacion del vetusto edificio? Entregada estaba á todo el feryor de su demostracion, cuando un coche tirado por fogosos norte-americanos, la hiende por el lado de la plazoleta del Seminario. La parte de la multitud así hendida reconoce luego dentro del coche á Manuel Gonzalez de quien se dijo que iba á pasear por los mercados para calmar la excitacion con su presencia. Como si un tonel de pólvora hablase y dijese: "yo voy á apagar ese incendio".... La pregunta de Jesucristo surge al punto entre aquella multitud: ¿quién tirará la primera piedra....? Y no hubo alguno que no quisiese tirarla. Piedras primeras y segundas y otras de varios números ordinales cayeron sobre coche, cochero y caballos.... Aquello fué una lapidacion en forma. El coche no pudo seguir, obstruido como estaba el paso por la multitud aglomerada. En tal punto los gendarmes de á caballo acuden hácia el coche abriéndose paso á sablazos. Aun se oyeron dos detonaciones, sin poderse deter-

minar si procedieron de descargas hechas por individuos de la gendarmería ó de la multitud. La guardia de Palacio se pone sobre las armas al grito de alerta, y, Manuel Gonzalez sintiendo removérsele todos sus humores militares, salta de su asiento como si oyese el toque de botasilla y baja del coche.... Pero ve que no se trata de un hecho de armas: los amotinados no sacan ninguna ni siquiera le atropellan; se contentan con seguir gritando. Una demostracion y unos demostradores de ese género, mejor que ser batidos con hierro y plomo, reclaman la represion moral de una razon cualquiera dicha elocuentemente. Manuel Gonzalez lo comprende, siente la conveniencia y casi la necesidad de decir algo comprensible á la masa, eficaz para levantar un poco su prestigio personal sobre una situacion desprestigiada, y su naturaleza anti-oratoria se revela á esa prueba.... Dá algunos pasos atrás como si buscase maquinalmente el auxilio del secretario particular que le ha forjado sus discursos en cada solemnidad parlamentaria y así retrocediendo se acoje á la puerta de la tienda de un circo yankee. Y la puerta no se abrió para salvarle de aquel trance oratorio, ni el clown

del circo yankee asomó por ella medio cuerpo para inspirarle cualquiera salida.... ¡Nada! Pareció que iba á hablar, y la multitud esperó.... Manuel Gonzalez abrió la boca, y á su esfuerzo solo respondieron ruidos ásperos, acentos guturales, gruñidos, algo como el estertor de la impotencia oratoria.... Afortunadamente, ya algunos soldados y los alumnos de la escuela militar con los marrazos desenvainados, habian podido llegar hasta él para llevarle á Palacio.... Y á pié, en medio de la gritería que continuó se dirigió de la plazuela al Palacio.... Aun quiso en el trayecto hacer un último esfuerzo por hablar.... Pero esa vez ni ruido alguno pudo percibirsele: solo se le vió llevarse su única mano á la cintura del pantalon para tirar de ella fuertemente hácia arriba, con un ademán violento que le era peculiar, en tanto que el muñon se le estremecía con nerviosas convulsiones.

Entró al Palacio el mudo Presidente, y la multitud hizo entónces lo que hace en un teatro un público exaltado cuando la cortina se levanta para que el empresario diga algo sobre el desarreglo de la funcion, y el empresario no dice nada: lanzar todo lo que tiene á mano. Si la multitud hubiera te-

nido sillas que lanzar como en los espectáculos malos, las hubiera lanzado al Palacio; pero no tuvo más que piedras, y lanzó piedras: á todo lo que le ofrecia un blanco en lo alto, á las copas de los árboles, á los faroles, á los fanales de la luz eléctrica y á las vidrieras de los balcones. Rompiendo y gritando, arrancando vigas y escaleras de los andamios de tantas casas en construccion, avanzó el grueso de la multitud por las calles de Plateros y San Francisco hasta la casa del diputado independiente Riva Palacio á quien aclamó y victoreó, como si el recuerdo de su palabra en la cámara compensase á la multitud del silencio de Manuel Gonzalez en la plaza pública.... El comercio cerrado, las patrullas de caballería recorriendo las calles y los gritos de «muera el níquel» esparciéndose del centro á los barrios más apartados dieron todo el dia á la ciudad algo del aspecto que solia tomar en los más luctuosos tiempos de nuestras antiguas guerras civiles.....

.....

Tal fué el *motín del níquel* que, reproducido con manifestaciones semejantes en otras poblaciones de la República, originó un estado de excitación

cion general que pudo llamarse revolucion.....
 Despues de aquel dia los negociantes oficiales sa-
 sisfechos de sus ganancias, Manuel Gonzalez ago-
 biado por su indefinida depreciacion personal, pro-
 ducto de la indefinida depreciacion de la moneda,
 resolvieron retirarla del comercio entregándose en
 brazos de un postrer especulador llamado Llamedo,
 á quien, por recoger semanariamente 30,000 pesos
 en moneda envilecida se le pagaron 20,000 pesos
 semanarios sacados de las Aduanas. ¡Digna muer-
 te por explotacion de un negocio que nació y vivió
 de explotaciones

CAPITULO VII.

EL POSTRER AÑO DE UN PRESIDENTE

I.

Cómo empieza un año triste.

Tan tristemente se cerró aquel año de 1883 cu-
 yo fin contribuyeron á hacer más triste prisiones
 decretadas autoritariamente por Manuel Gonzalez
 y llevadas á cabo en jefes liberales por él considera-
 dos como simpatizadores más ó menos activos del
 movimiento de reprobacion que se iba determinan-
 do más y más en la opinion pública contra su tor-
 tuosa marcha política. Los generales Vicente Ri-
 va Palacio, Tiburcio Montiel, Aureliano Rivera,
 Cosío Pontones y algun otro, fueron los llamados
 y los escogidos como víctimas de la indignacion
 presidencial causada por el motin del 21 de Di-
 ciembre. Se tomó por razon plausible un artículo